
VIAJE

Á LOS

ESTADOS-UNIDOS

POR FIDEL

DESPERTABA como de un sueño á la orilla del mar Pacífico y en el puerto del Manzanillo el 13 de Enero de 1877.

Y cuidado que el sueño picaba en historia : habia de todo, como en los dramas románticos : escursiones á caballo, lastimeras y dolientes como un *de profundis*, entrevistas al rayo de la luna, como parodiando las que tuvo el Ariosto con los recaudadores de equipajes en los caminos, mansiones en una especie de sepulcros de vivos, de donde habia huido para siempre el ruido y caminaban maquinalmente los cáveres con los ojos abiertos : arcos triunfales, repiques, banquetes y entusiasmo frenético, descensos á las entrañas de la tierra,

sonrisas del poder, cobardía y traiciones viles, y en fin, tanto y tan variado suceso, que á ser mi objeto, formaría entretenidas leyendas y sabrosas enseñanzas para los presentes y venideros siglos.

Yo tenia la conciencia de haber visitado en otro tiempo, *dulce y alegre cuando Dios queria*, aquellos mismos lugares, embriagado de luz con la grande epopeya de la Reforma, y tratando de seguir las huellas, como por mi fortuna las seguí de cerca, de Juarez, de Ocampo y Degollado. Pero aunque mi memoria insistia en restablecer el cuadro que entónces se ofreció á mis ojos, no quedaba ni un fragmento, ni un resquicio, ni señal ninguna que sirviese de punto de apoyo á mis recuerdos.

Entónces (1858), mal feridos y desgobernados en nuestros rocines y llevando á costas el retumbante título de *la familia enferma*, llegamos al Manzanillo, Juarez, Ocampo, Leon Guzman, Ruiz Manuel, Cendejas Francisco, Jacinto Aguilar, Zambrano, D. Matías Romero y algunos otros, como perseguida compañía de cómicos de la legua.

Era en aquel tiempo Manzanillo una playa casi desierta en donde la fiebre se enseñoreaba, tenia el apodo de centro mercantil una tienda de lona, habitada por unos alemanes que no interrumpian su eterno sueño sino para agotar toneladas de cerveza ó hacer sus excursiones á la aduana.

Estaba enriquecida con título tan afianzador y conspicuo una galera sucia y sombría con el brazo tendido de una viga sobre las aguas, para afianzar los cargamentos que no habia querido recoger el contrabando, porque en cuanto á los naufragos, se encargaban de ellos los tiburones, únicos competidores en voracidad con el hambriento resguardo marítimo.

Unos cuantos jacales hundidos en la arena, como sapos y tortugas que hubiesen dejado en seco las mareas, la falda escabrosa del monte, de que parecian precipitarse enormes peñas, y un cerro avanzado hácia el mar, pomposo y arrogante, que desde entónces, á la entrada de la bocana, pide á gritos un faro, sin que nadie le haga maldito el caso.

Recordaba con enérgica fidelidad, que habiendo llegado muy enfermo y manifestando deseo de ver la bahía, Juarez y Ocampo me hicieron silla de manos y me pasearon en la playa, yendo yo orgulloso y triunfal y con el alma luminosa dentro del pecho, más feliz que sobre el primer trono del mundo: mi amado Pancho Cendejas iba por delante haciendo farsa. De repente volvía los ojos y me sorprendian las brillantes huellas que iban dejando mis conductores (eran los efectos del fósforo): alegres con mis sorpresas, los acompañantes de mis amigos restregaban la arena con las manos y la esparcian refulgente como polvo de luceros....

Ahora el puerto del Manzanillo tiene sus calles regulares, sus tiendas y valiosos almacenes, su capitania, su cuartel, su plaza, con asientos y embanquetado, y su aduana, que es un edificio de madera con sus amplísimos corredores viendo á la bahía, que es por cierto poética y encantadora.

El Manzanillo sale de las aguas de la laguna de Cuyutlan, sacude su cabellera y se escurre entre dos altísimas montañas: parecen descender, saltando sobre las rocas, casucas alegres con sus huertecitos llenos de flores, á ver pasar á la pequeña ciudad que se asienta en la arena de la playa, entre edificios de apariencia americana, con sus ventanillas con persianas verdes, sus enverjados y sus chimeneas en alto, agitando sus plumeros de humo.

Caminaba al lado de Joaquin Alcalde, haciéndole participe de mis impresiones: éste, con sus ojazos negros, su fisonomía animada y su mímica vehemente, acentuaba mi relación, produciéndome vivo placer.

Vestia Joaquin frac gris y pantalon ajustado, bota fuerte y un fieltro tan elástico y expresivo como la fisonomía del propietario.

Ibamos al acaso, cuando de un balconcillo pequeño, angosto, desdentado y trémulo de barandal, una señora frescachona, morena, alegre y de blanquísima dentadura, nos dió el alto.

—Aquí, Sr. D. Guillermo, aquí, yo soy Fermina, la que asistió á vdes. la otra vez; aquí, en este lugar, vivió el Sr. Juarez, yo tengo la silla en que estuvo sentado, y no la doy por todo el oro de la tierra. . . . Pasen vdes.

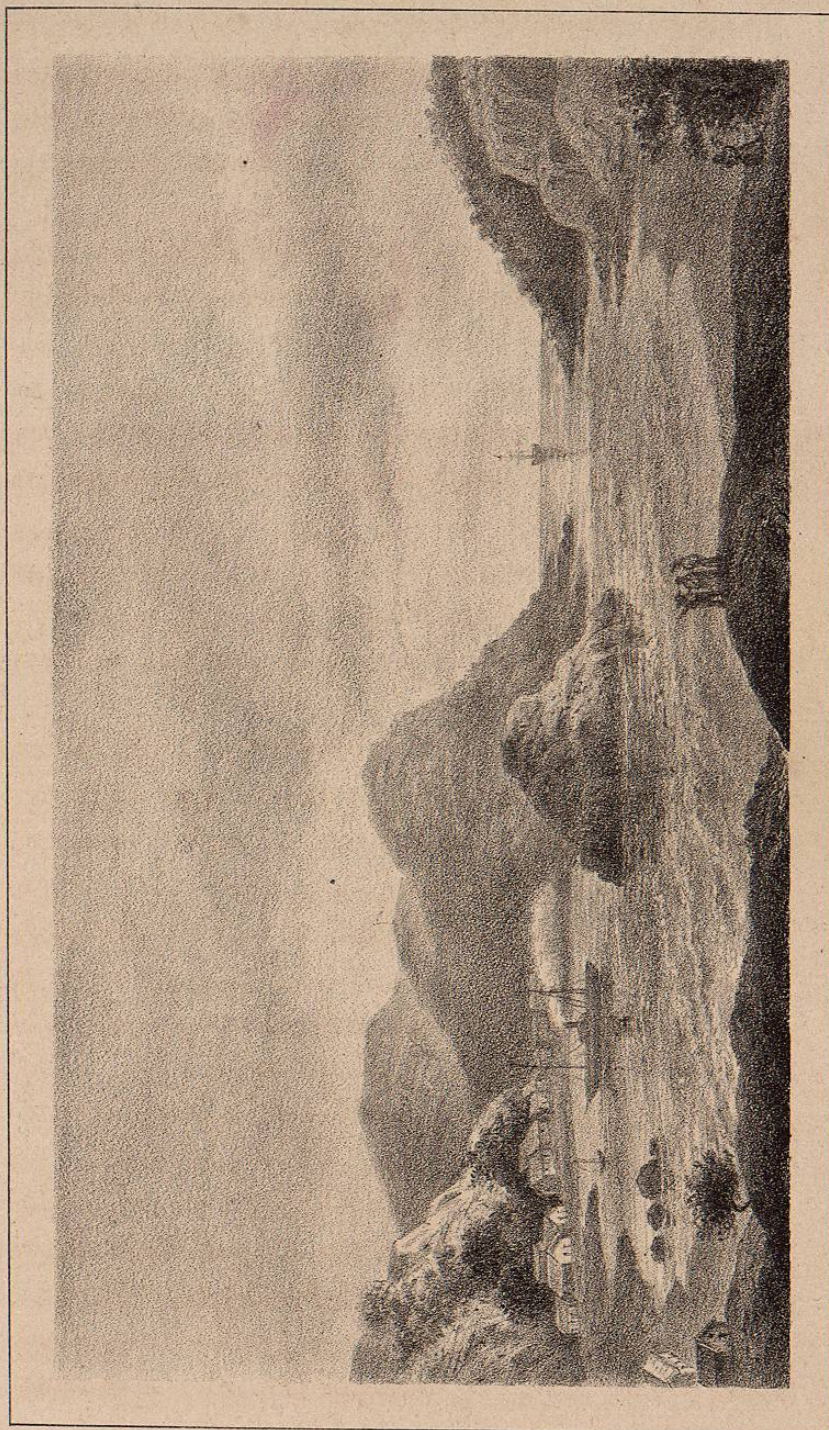
En dos por tres renovamos conocimientos, procuróse una cómoda instalacion en una piececita aseada con sus blancas cortinas de musolina en los catres y cómodas butacas de fresca vaqueta en las puertas.

Miéntas yo hacia preguntas á Fermina y la acompañaba, tomando posesion de su casa. Alcalde, en el expendio de tabacos, anexo á la misma casa, se daba á conocer con el marido de Fermina, portugués recalcitrante, recio de carnes, flaco de costillar, con unos nervios como cables y unas venas como tubos de acueducto.

El portugués es marino consumado, *atraca* junto á un tonel y se queda fresco, fuma unos tabaquillos como baupré de navío y dispara unas desvergüenzas capaces de descalar al más pintado.

En el Manzanillo, y asistidos por Fermina y su consorte,

VIAGE DE FIDEL.



LIT. DE M. V. ARTE MEXICO.

Puerto del Manzanillo.

duramos cuatro días, hasta que el día 17 las señales del *Cerro del Fraile* nos anunciaron la llegada del vapor que debía conducirnos para Mazatlan.

El vapor "Granada" en que nos embarcamos es hermoso, y se distingue entre los palacios flotantes, que con el nombre de vapores, atraviesan las aguas del Pacífico.

Sobresale del seno de las aguas el casco inmenso del buque, que apenas cabría en una de las calles que llamamos cabeceras, teniendo mayor altura.

Dos fajas de balaustrados lo ciñen exteriormente, formando corredores, y la superior que es, digámoslo así, la cubierta ó azotea del barco.

En los corredores se ven las puertecitas de los cuartitos ó camarotes.

En el interior, por pisos que comunican régias escaleras, están el amplísimo corredor con sus lámparas, alfombras y muebles riquísimos, y en el piso superior, cuyo techo es la cubierta, hay un salon espléndido con espejos y sofaes riquísimos, mesas y sillones y un soberbio piano que suele ser solaz y contento de la tripulación, cuando el dios de las aguas echa una cana al aire.

Sobre la cubierta está la elegante estancia del capitán, contigua á un precioso gabinete destinado á los fumadores.

Sombrea la cubierta tendida lona, bajo la que están colocados cómodos asientos de bejuco, ocupados día y noche por los que se recrean con el espectáculo siempre nuevo y sorprendente del mar.

El "Granada" mide 2,500 toneladas y está al mando de un excelente marino, que es además cumplido caballero.

Luego que hicimos nuestros arreglos de instalacion, pasé revista á mis compañeros de viaje.

Eran *ladys* deliciosas, entre las que abundaban personas de esmerada educacion; habia una Sussy dulce y melancólica como la estrella de Occidente cuando brilla solitaria sobre las montañas de mi patria; una Emma poética como una pasionaria viéndose en las aguas del dormido lago; una Katty bulliciosa y sensual como una inspiracion maliciosa de Lecoq, y una Lora sentimental como una melodía de Shubert.

Por supuesto no faltaba una literata que iba en pos de impresiones á la California, ni una buena esposa que corria tras del marido escurridizo, ni una víctima que iba á gestionar su divorcio de una especie de tigre feroz que habia marchitado en flor su juventud.

Habia viajeros pacíficos de distinguida clase y que viajaban en el estricto orden constitucional.

En este número se contaba un acreditado doctor homeópata y su linda esposa. Esta señora es andaluza, y á pesar de su circunspeccion y de su estado, derrama la sal de Jesus por todos los cuatro costados.

El servicio del buque se hacia á nuestra llegada con rigurosa puntualidad, y el capitan, que es un cronómetro de cachucha azul, no permitia se relajase en lo más leve la disciplina.

La servidumbre era toda de chinos. No dejó de excitar nuestra curiosidad el conocimiento con estos bípedos que están metiendo tanto ruido.

El chino no es un hombre, es un ejemplar de una obra inmensa; los chinos son como alfabetos de imprenta; el que

conoce una *b* minúscula, conoce todas las *bb*. El chino se produce por moldes, sus poblaciones son como paquetes de alfileres.

Cabeza obtusa con el pelo alisado y dos grandes trenzas que rematan en listones negros, y le dan en la parte posterior de los muslos, tez de amarillo deslavazado, ojos oblicuos, nariz chata, boca grande

Una especie de solideo sobre el occipucio, una muy holgada y luenga blusa hasta abajo de la rodilla; la blusa azul ó negra de seda ó lienzo de algodón; calzones anchísimos, azules ó negros; medias blancas como la nieve, y un calzado que tiene mucho de la *chalupa*, con las puntas agudas vueltas hácia arriba, y una suela gruesa de tres dedos en el centro, dada de blanco como correa de tropa. *Ese* son los chinos, y esos chinos componian la servidumbre del buque.

La parte masculina eran negociantes ó viajeros retraidos, aventureros alegres y buenos bebedores, y la colonia mexicana en perpétuo movimiento por todos los vericuetos de la embarcacion, las pocas horas que no hicieron amistades extrañas.

Pocos de nuestros compañeros, y por desgracia los más graves, sabian inglés, y tambien por desgracia, pocos viajeros, esencialmente viajeras, conocian el español.

A Ramon Alcalde quedó reservada la gloria de dar vida y comunicar cohesion á aquellas almas huérfanas que se consumian de fastidio.

Acercóse en la noche como distraido al piano, alzó su tapa, preludió algunas quejas melodías; pero tan silenciosas, por expresarme así, tan ténues, que parecia que hablaba á

solas el piano. . . . en medio de aquellos rumores tímidos oíamos abrir las puertas de los camarotes, también con mucha precaución. El músico requiere auditorio, se rinde á la alucinación de la gloria.

Las teclas, al fin, dejaron piar, con coquetería indecible, la Paloma. . . . esa Paloma comprometedora é insurgente, que no puede escuchar con calma ningun ente de razón.

Aletea, se sacude y estallan los requiebros abrasadores de la canción habanera. Los mexicanos, como movidos por un resorte, cercaron el piano y ensayaron el canto: de repente, surge vibrante y sonora una voz ejercitada, dulcísima, llena de aquel jaleo y aquellas cosquillas que nos sacan de quicio; era la esposa del doctor, que dejándolo con tantos ojos abiertos, siguió las notas, se envolvió en ellas, y se pronunció por México. . . . bendita sea su boca! . . . las risas, las palmadas, el entusiasmo, se parecían al delirio. . . . Las *ladys* estaban á las puertas de sus camarotes. . . . retiradas, pero no esquivas; á la Paloma siguióse el *Té* y el *Tá*; había un D. Juanito, alemán, de voz privilegiada, que regaba con excelente champaña sin cesar, que acometió el *Té* y el *Tá*, que siguió á la Paloma con desusado brío, sin interrumpir los compases, al brindarnos con su champaña. . . . las *ladys* se acercaron al piano. . . . amables, pero no comunicativas. . . . Alcalde, superándose á sí mismo, dejó caer entre una tempestad de notas incendiarias nuestro himno nacional. . . . hubo entónces explosiones de entusiasmo frenético. . . . los ojos brillaban con lágrimas, las manos redoblaban los palmoteos, alguno se pasó la mano sobre la frente por sentir como cosquillas; era el tacto de las plumas de los sombrerillos de las *ladys*,

que se inclinaban también sobre el piano. . . . Era necesario no tener pizca de vergüenza, para no estar hecho una aleluya. . . .

Al día siguiente, todos aprendíamos inglés, y las *ladys* balbutian palabras españolas que era un contento. La disciplina del buque sufrió un golpe contuso. Uno de los empleados me decía: *como estás alborota los mecsicanos*.

La cosa fué tal, que nadie paró mientes en que el sol caído que llamamos luna, tenía una glorificación sublime en el desierto inmenso de las aguas.

La navegación del Manzanillo á Mazatlan se hace casi sin perder de vista las costas, y las nuestras en esa parte del mar Pacífico, si bien desiertas, tienen belleza extremada, por la verdura de los campos cercanos y por las caprichosas montañas que las animan y les quitan su monotonía.

Aunque muchas veces, léjos de disminuirse los peligros con la proximidad de las costas se aumentan, hay algo de arrimo con ver la tierra; se nos figura que en un siniestro viene en nuestro auxilio; sobre todo, la idea de un pronto y feliz término del viaje, envolvía las largas horas de fastidio en las distracciones de las sorpresas de los que por primera vez se embarcan.

La curiosidad de ver una ballena tenía preocupados á varios de los compañeros, desde el Manzanillo. Al día siguiente de nuestro embarque, y cruzando las inquietas aguas de Cabo Corrientes, álguien vió aparecer y desaparecer el monstruo, como un relámpago.

Agolpámonos sobre cubierta, los conocedores rastreaban con curiosidad el rumbo; al fin vimos salir de entre las aguas una cabeza enorme, boluda, unida á un cuello largo, muy